

Un paraguas en Elsinor

He comprado un paraguas a anchas rayas amarillas y negras, con el anuncio de una cadena de almacenes comerciales. Y he cenado salmón ahumado, quizá salado en exceso, bebiendo cerveza rubia y ligera, la que me gusta. No es que me pirre por la cocina, pero una comida con cierto espíritu reconforta cuando uno está solo. Si ahora moría, estas insignificancias y el haber estado hablando sobre un perro con el conserje del hotel, habrían constituido mis últimos actos, algo así como si hubiera dilapidado vanamente mi espléndida herencia, la de las posibles grandes cosas que puede uno acometer en la vida. ¿No hay unas parábolas evangélicas que se refieren a eso? A dilapidar fortunas, al vacío en el instante definitivo, no a perros. Aunque los Evangelios también hablen de los perros, que aparecen hurgando en los montones de basura o lamiendo las llagas de los leprosos. Pero, repensándolo, temo que no ocurra nada de eso, sino que la memoria de aquel áspero paisaje palestino, el mísero pulular de su alucinado gentío, hayan estimulado mi capacidad de invención. En el Antiguo Testamento en cambio, divaga mucho perro. Una tropa de ellos devora el cadáver de la endiablada reina Jezabel, que unos eunucos habían arrojado por un balcón después de que ella, provocativa, se hubiera pintarrajeado el rostro. Naturalmente, Jehová inspira el estropicio. No recuerdo por qué la odia, pero es tanto su rencor que designa a la reina y a los suyos como a «los que mean en la pared». En Nueva York, en Tel Aviv, he visto pavonearse, madonas, a esas viejas judías sebosas y endomingadas, que de jóvenes son inquilinamente atractivas. Si los Evangelios no consiguen interesarme, inertes de tanta reiterada moraleja y veneración, al Antiguo Testamento me intriga y seduce, con sus bárbaros estallidos, sus dulces murmullos. Esos judíos eran cuatro desgraciados, pero conquistaron la grandeza clavándose locas dentelladas a sí mismos. El perro del conserje no mordería ni a un conejo de peluche. Pero sé poco inglés y nada de danés, por lo que no sólo ignoro lo que el conserje me habrá dicho, y lo hizo con inusitada vehemencia, sino también en qué idioma me ha hablado. El perro era un imbécil, de pie y espatarrado, lanudo, con un lamentable aire de tristona ausencia. Es posible que el conserje le ordenara que saliese a hacer sus cosas, porque me señalaba el bicho y la calle. Pero el viento, a

impetuosas rachas, embestía en la acuosa oscuridad arrastrando una helada llovizna, lo que debía desanimar al animal.

Los animales siempre saben lo que desean hacer. Supongo que su mundo limitado, y por tanto sus gestos repetidos, les confieren esta especie de fiel y digno automatismo. Su seguridad, la firmeza de su instalación vital y ambiental, me impresionan. Muchos hombres no poseen un mundo más rico ni diverso que el de los animales, y sin embargo, dudan, se desmelenan. Ya sé: la inteligencia, etcétera, nos diferencia, nos eleva por encima del animal. ¿Sí? Pues si somos inteligentes, deberíamos precisamente asentarnos mejor, pues con ella no sólo podemos dominar muchísimo más el entorno, sino incluso transformarlo o crearnos y recrearnos a nosotros mismos. Pero nos sacude una incomprensible fragilidad interior y andamos al garete. En cambio, ahí están los animales, extrañamente ordenados, con su belleza antigua, su cercanía al misterio de la creación, con sus detonantes formas y condiciones, tan toscas y a la par acabadas. El hombre, al menos como especie, es un ser baboso, vanidoso y torpe. Nos creemos superiores a los animales y estamos lejísimos de lo que son los altos bosques solitarios, el sarcástico fragor del fuego insinuando estrechas complicidades en el calor y en el terror, la fastuosa errabundez de las nubes, la prieta tierra con su recio potencial de feracidad, todo lo que fue tocado directamente por la mano de los dioses del amanecer. Lo que sientes ligado al origen. Los animales parecen llegar de allí, universo insólitamente sereno. La cálida filigrana del jilguero, graciosamente entregado a los pequeños espacios que nos rodean; la serpiente, con su larvado y limoso hálito de hostilidad; toda la soñolienta y nervuda pesadez del león, sus ecos de derrotada nobleza, el desgarrado y aplastante salto de su poderío; el gato, deslizante cual fuga de estéticas, su mimosa resistencia, la dicha de su enrollado sueño; el incommunicable pez con la brillante coraza de escamas y silencio, la mar inviolable con sus leyes y sus flores... ¿Para qué sirve un animal? Una jirafa, por ejemplo. ¿Y por qué es como es, por qué tiene su detonante cuello de pueril esbeltez, su piel preciosamente manchada y aterciopelada? En el hombre, todo ha sido dispuesto hacia el utilitarismo, la deglución, por lo que necesita la recurrente sabiduría intelectual, separándose por ello de la Naturaleza, de los prados del dios. El animal, sin finalidad ninguna, encarna la existencia por sí misma, con lo que se integra en la totalidad de cuanto alienta y permanece, en la eternidad.

Temo que «eternidad» y «totalidad» suenen a tópico. A menudo sólo eres tu propia fatiga, dejando entonces de hurgar en ti, en tu revuelta caverna de las intuiciones, lo único personal que posees, para acogerte a las generalidades, a lo que tranquiliza porque no implica otras preguntas. La idea de integración del animal en el medio es aquí la buena. Además todo ese lío de los perros resulta una lata.

Tengo sed. Me tomo este botellín de aguardiente que hay en la nevera, *Schnaps* le llaman. La camarera quería servírmelo con el salmón, me indicaba gesticulante y entre mohines que el aguardiente debe beberse acompañado de grandes sorbos de cerveza, incisivo disolvente de la salinidad. Bueno, pero solo y frío también funciona.

Precisamente cuando pedía la llave al conserje y me ha salido él con lo del perro, estaba pensando en la camarera. La noche neblinosa y exacerbada por el viento, el desgarrado golpeteo del mar en la cercana oscuridad del hosco Estrecho del Sund, no habían podido disipar la agradable sensación que me ha producido la cena. Claro, es poco trecho el que hay entre el restaurante y este pequeño hotel. La atmósfera helada, el suelo y los árboles aparatosamente mojados, incluso parecían estimular, por agudo contraste, la calidez de mi cuerpo. El cuerpo de la camarera era joven, de pierna densa y larga, estilizado el torso, muy bonito el rostro y aniñado. Un conjunto desarmónico, sin duda, pero por ello igualmente sugestivo en esa edad en que lo agilizan la tersura de los tejidos, los movimientos ingravidos, la mirada reluciente y desprovista aún del torvo contenido de la experiencia. Pero más adelante su pecho ya sólo sería encogido, la cadera pesará anchota, se achatarán las morcillonas pantorrillas y el rostro muñequeril se le desmoronará fofamente pálido, convertida la hoy grácil muchacha en una estampa de desarbolada planimetría. Un animal viejo es patético, pero la entereza nunca le abandona. El hombre se convierte en una figura grotesca, y más aún porque su decadencia física contrasta con sus desaforadas pretensiones mentales. Detenidamente, con una precisión que, estoy seguro, respondía a la realidad, he imaginado desnuda a la camarera mientras se afanaba con las bandejas. La nalga ancha y los pechos pequeños y rechonchos. Ansiosa, su pulposa boca saturada de saliva y cerrándose golosa sobre mi miembro tieso y robusto. La adhesiva tibieza de su cuerpo, la anonadante emoción del instante del abrazo, de la excitada espera de la penetración. Cada exploración de las suaves formas plagadas de sugerencias al sexo y al culo calientes y húmedos. Caminaba ella y vestía como si interpretara el papel de la ingenua campesina, arreboladas las mejillas. En cada mesa había una vela, en las paredes la pintura de una escena remitía a una campiña de arces. O lo que fueren, y abetos. ¿Podría haberme ligado a la camarera? Lo deseaba, pero, en fin...

Hace muchos años, esta situación de ansias reprimidas me hubiera desbordado, provocándome una irritada depresión. Como con Aurora. Cualquier noche, solo, comenzaba a sentir la llamada de la selva, un obcecado y desbordante deseo de follar que, obedeciendo a un súbito apremio, me impulsaba incontinentemente a llamar a Aurora, la única hembra que tenía entonces a mano, incluso a las dos de la madrugada. Nos encontrábamos en el cuartucho trastero de su casa, en el sótano. Sobre un desfondado sofá sentía a tientas su desbocado y gimiente volumen. Pero si al llamarla quien contestaba al teléfono era el marido, inopinadamente en casa con su embrollo de servicio diurno y nocturno en el cuartel de Lepanto, en la misma Barcelona, donde estaba destinado, farfullaba yo cualquier excusa, como que había perdido una estilográfica de oro y temía habérmela dejado allí en mi última visita. Pronto le acosaron las sospechas, desequilibrado interrogaba a Aurora. Y ella, briosamente ilusionada por mi destemplada insistencia tras ella, le confesó nuestra relación, la plantó cara con suficiencia. Confundía mi ardor con el amor. Unos meses más tarde, desaparecida para mí su novedad y vislumbreada ya otra —creo que la de Neila, la argentina de cara cuadra-